



Aula d'Història de Lo Rat Penat
Conferencia del profesor D. Fernando Millán Sánchez

Tema XXIX

Vicente Doménech: el Palleter.

Valencia en la Guerra de la Independencia.

Su vida.

El día 23 de mayo del año 1808, en la estafeta situada en la recoleta plaza de “Les Panses”, situada junto al bello edificio de la Lonja de Mercaderes, se recibió una comunicación de las autoridades de Madrid en la que se afirmaba que el monarca español, Fernando VII, había renunciado a sus derechos al trono en favor del emperador de los franceses, pasando este a nombrar rey de España a su hermano mayor José Bonaparte, que tomaba el nombre de José I.

Una noticia que recorrió todos los tenderetes del Mercado Central de la ciudad de Valencia, que se levantaban entre la iglesia de los Santos Juanes y la Lonja ya citada, exaltando todavía más unos ánimos que estaban ya en tensión desde que fueron conocidos los terribles acontecimientos sucedidos en la ciudad de Madrid, capital de la Nación, el pasado 2 de mayo.

Habían pasado veintiún días y los valencianos seguían pidiendo venganza. Venganza contra los soldados franceses que invadían España y mataban a quienes se oponían a su presencia, y venganza, también, contra todos los comerciantes franceses afincados en Valencia y que, a partir de aquellos momentos, tendrían una protección especial del nuevo rey.

Y fue en ese momento de emoción colectiva cuando Vicente Doménech, más conocido en el Mercado Central de Valencia como el “Palleter”, tomó la decisión de subirse a una silla en la placeta de “Les Panses” para proclamar, dirigiéndose a cuantos le escuchaban, su valerosa decisión:

“UN POBRE PALLETER LI DECLARA LA GUERRA A NAPOLEON: VIVA FERNANDO VII, I MUIGUEN ELS TRAÏDORS”

Palabras que enaltecieron los ánimos de los congregados en tal medida que decidieron dirigirse al palacio de la Ciudadela, sede del gobierno militar de Valencia, para exigir al conde de la Conquista, que en el momento era la máxima autoridad militar y civil del reino, que declarase la guerra a los franceses uniéndose así a cuantos en toda la geografía española se alzaban en armas contra el invasor.

Vicente Doménech marchó con ellos.



¿Pero qué sabemos de Vicente Doménech, a quien la Historia conoce como el “Palleter”?

La verdad es que los datos aportados por las fuentes históricas, por quienes relataron los hechos acaecidos en los comienzos del siglo XIX, son bien escasas.

Sabemos que nació y vivió en la población de Paiporta, próxima a la ciudad de Valencia, ciudad de importancia en la comarca de la zona Sur de la Huerta, y que su profesión, además de las faenas del campo que eran comunes a todos los habitantes del pueblo, era la de vendedor de “palletes”, pajitas alargadas que se utilizaban para encender el fuego del hogar.

Todas las mañanas Vicente Doménech, hombre al parecer de fuerte complexión física, recorría los tenderetes ofreciendo a todos los parroquianos el producto que vendía. Una visita diaria al mercado que le hacía ser conocido no solo por los vendedores que le saludaban, sino también por las mujeres que a diario acudían a la compra. Era, en suma, lo que hoy llamaríamos un hombre popular.

Sabemos también que participó en todas las revueltas de los siguientes días al 23 de mayo, y que culminaron con la destitución por los ciudadanos del conde de la Conquista como jefe político y militar, y la declaración de guerra a Napoleón que el Palleter había pedido. Fue Vicente Doménech, en consecuencia, un hombre, un líder, de la Revolución patriótica valenciana.

Y a partir de este momento las noticias sobre el “Palleter” se hacen especialmente confusas. Se afirma por parte de algunos cronistas que el Palleter, deseando participar en todas las revueltas emprendidas contra los franceses, marchó a Cataluña para participar en las guerras que allí se dieron, encontrando la muerte en uno de esos enfrentamientos con sus enemigos odiados.

Noticias confusas que difuminan su historia personal. Un testimonio de rebeldía recogido por aquellos líderes que continuarían la lucha por él iniciada. Nos referimos al padre Rico, al padre Calvo, a los hermanos Bertrán de Lis, y, muy especialmente, al gran héroe valenciano de las guerras napoleónicas José Romeu.

El padre Rico tendrá un especial protagonismo en los primeros tiempos de la resistencia valenciana ante el ejército francés. Monje franciscano muy querido por cuantos le conocían en Valencia, representa la moderación en la conducción de la revuelta. Él fue quien se erigió en representante de los revoltosos en la toma de la Ciudadela que como hemos indicado se llevó a cabo, y quien decidió iniciar un diálogo con el conde de la Conquista para conseguir que de manera pacífica y sin violencias innecesarias, Valencia se proclamase a favor de la vuelta a España de Fernando VII.

Una posición que el conde de la Conquista, sin rechazarla plenamente en las entrevistas sostenidas con el padre Rico, se negaba a decidir antes de conocer las noticias que pudieran llegar de los últimos sucesos de Madrid. En el fondo quería evitar unas represalias del ejército francés que ocupaba buena parte de la península.



Una indecisión de quienes negociaban una respuesta común a la situación, que trajo como consecuencia la radicalización de los partidarios de la ruptura definitiva con el nuevo gobierno. El gobierno que obedecía las órdenes de José Bonaparte.

Aparece entonces en la escena valenciana un hombre de condición eclesiástica, desconocido hasta el momento, que se presenta ante los exaltados valencianos como uno de los partícipes de la revuelta madrileña del 2 de mayo, y testigo de las matanzas llevadas a cabo por las tropas del general Murat.

El padre Calvo pide públicamente venganza. Venganza contra el conde de la Conquista que, según sus noticias, está pactando con el gobierno de Madrid, y venganza, sobre todo, contra los comerciantes franceses que se han atrevido, en la ciudad, a insultar a los valerosos valencianos que desfilaban por las calles pidiendo la guerra contra Napoleón

Palabras que hicieron olvidar las recomendaciones pacifistas del padre Rico y que determinaron una nueva marcha violenta contra el palacio de la Ciudadela, que seguía siendo la sede de las autoridades valencianas. Una marcha violenta que volvió a conquistar la fortaleza que era imagen del poder, y que se levantaba junto al margen del río Turia. Una nueva invasión que no tuvo compasión con los que allí se encontraban.

La tensión revolucionaria que vivía la ciudad de Valencia había aconsejado al padre Rico la necesidad de proteger a los comerciantes franceses de la ciudad. Unas trescientas familias cuya vida estaba seriamente amenazada. Una petición que el conde de la Conquista aceptó, determinando que el sitio más seguro para las familias de los comerciantes franceses era el edificio de la propia ciudadela. Allí fueron conducidos y allí esperaron. Confiaban en la próxima llegada de las tropas francesas y en su liberación.

Pero los acontecimientos sucedidos en la ciudad desbordaron todas las previsiones. La multitud que acompañaba al padre Calvo no solo tomó la sede del gobierno valenciano, sino que asesinó impunemente a todos los comerciantes franceses, a todas sus familias, sin ofrecerles ninguna posibilidad de salvación. El odio impulsado por un clérigo ultra radical, que igualaba a los franceses con los discípulos más reconocidos del diablo, había hecho desaparecer cualquier consideración de conciencia cristiana.

Una acción de venganza ciertamente atroz que, detenido el padre Calvo por las tropas afectas al conde de la Conquista, con la aprobación del Padre Rico y de todos los valencianos que le seguían, determinó el juicio del líder radical, acusado por sus crímenes junto a los principales cabecillas de la matanza.

El juicio celebrado fue sorprendente por su resultado. El padre Calvo sería destinado al destierro en Mallorca como único castigo, prueba de un estado de ánimo colectivo que amedrantaba a los jueces. Una burla de la justicia que tuvo su rectificación tiempo después. Cuando las autoridades mallorquinas lo devolvieron de nuevo a Valencia por considerarlo peligroso para la salud pública y fue juzgado por segunda vez en Valencia.



En esta segunda ocasión el veredicto fue de culpabilidad y la pena aplicada la muerte. Fue ejecutado utilizando el instrumento del garrote vil. Y con él lo fueron sus partidarios más significados.

Los hermanos Bertrán de Lis, Vicente, Manuel y Mariano, van a tomar el relevo en la dirección de la revolución valenciana. Prototipos de una burguesía valenciana, también española, que hunde las raíces de su poder económico en la posesión de grandes propiedades agrícolas, se han transformado en banqueros y en dueños de las contratas para servir el trigo al ejército y también para hacer lo propio con la ciudad de Valencia y otras ciudades españolas.

Una nueva burguesía de las finanzas que ofrece, en el devenir del siglo XIX, una singular imagen. Son poseedores de grandes riquezas, pero al tiempo son declarados defensores de las tesis liberales propias de la Revolución Francesa.

Una contradicción aparente entre libertades individuales y control del poder económico, que no es tal si consideramos que el objetivo final de esa burguesía es alcanzar el poder político. Un poder que, en el momento que relatamos, detenta la nobleza de sangre a la que es necesario eliminar.

Desde esta última perspectiva entendemos unas acciones, las de los hermanos Bertrán de Lis, que van a extenderse a lo largo de toda la primera mitad del siglo XIX, y que tienen su fin en la revolución que encabeza el general de O'Donnell en el año 1854, que dará paso a la posterior del 68, acaudillada por el general Prim, y que tiene como característica esencial la toma del poder por los jefes del ejército. Jefes del ejército que forman parte de esa burguesía liberal que sustituye a la vieja aristocracia.

En los comienzos del siglo XIX los hermanos Bertrán de Lis, limitados a la política valenciana, apoyarán el tacticismo del padre Rico, el pacto con el conde de la Conquista, la eliminación del padre Calvo, pero una vez se comprueba el fracaso de esta política, el paso siguiente será forzar la destitución de quien hasta el momento había controlado el poder militar, y su sustitución por una Junta de Defensa del Reino de Valencia abiertamente enfrentada con los dominadores franceses. Una nueva Junta de defensa que tendrá como líder militar al general Caro, hombre de confianza de los hermanos Bertrán de Lis.

La primera etapa del plan proyectado por los nuevos hombres que controlan el poder en las tierras valencianas se había cumplido. Valencia estaba dispuesta a enfrentarse con el ejército francés que comandaba el mariscal Moncey, que, bajando desde Madrid, se proponía tomar la ciudad de Valencia.

Una toma por los franceses de la capital del reino, que por el momento no se produciría gracias a la numantina defensa que de la misma harían todos y cada uno de sus habitantes. Miles de personas afincadas en sus murallas dispuestas a dar la vida por su reino y por su religión. Los franceses tendrán que esperar a la intervención posterior del mariscal Suchet para conseguir su propósito.



Se pasaba al tiempo de la guerra de guerrillas, y en el mismo los hermanos Bertran de Lis apoyaran al guerrillero Romeu en todas sus acciones y en sus necesidades económicas. Una fase militar que termina, más allá de la muerte de Romeu, en el año 1814, cuando los ejércitos de Napoleón abandonan la península ibérica.

En su intermedio, entre los años 1810 y 1812, va a recabar la atención de los hermanos Bertrán de Lis un acontecimiento de singular importancia. Nos referimos a la celebración de las Cortes de Cádiz en las que los líderes valencianos del momento tendrán una intervención muy especial a través de los diputados valencianos presentes que representan a su corriente ideológica. Corriente ideológica que, como hemos señalado, se sitúa cercana al liberalismo radical.

La Constitución naciente en Cádiz colmó las ambiciones de los liberales porque en ella se veía reflejada la primera de sus reivindicaciones: la monarquía parlamentaria, la que confería el poder real a los representantes de la Nación reduciendo la Monarquía a una función de mera representación.

Veremos a los hermanos Bertrán de Lis, poco después, enfrentados con el absolutismo de Fernando VII, miembros activos del trienio liberal que encabeza el coronel Riego, exiliados durante la década ominosa, 1823-1833, y los veremos reaparecer en la política española tras la muerte del monarca y la minoridad de su hija Isabel, su heredera, aunque sus posiciones se irán moderando hasta el extremo de participar, junto a Joaquín María López, líder del liberalismo puro, en el pacto suscrito con el conservador Narváez: la eliminación del general Espartero del poder.

Tiempos en los que los hermanos Bertrán de Lis ocuparán los puestos de diputados y senadores por Valencia, Vicente será senador vitalicio, sin interrupción. Figuras de una Historia valenciana apenas conocida y celebrada por el pueblo al que dedicaron su vida en defensa de sus libertades.

José Romeu es la figura contradictoria de los hermanos Bertrán de Lis, aunque fuese un peón de su juego político. Querido y admirado por todos los valencianos a lo largo de los últimos siglos, su vida fue un ejemplo del valor de un pueblo que se levanta indignado contra el abuso de los poderosos y en mayor medida si los opresores son gentes que proceden de otros países.

Nacido en la milenaria ciudad de Sagunto, uno de los símbolos más reconocidos de la Historia de Valencia, en el año 1778, conocemos que sus actividades profesionales se centraban en el comercio del vino y de los aguardientes, visitando con tal motivo los distintos lugares de la geografía de España.

Visitas que le permitieron conocer todos los movimientos revolucionarios que se gestaban tanto en el reino de Valencia como en el de Andalucía, decantándose finalmente por el



apoyo a los principios defendidos por los liberales. Preferencias que tenían como referencia a los hermanos Bertrán de Lis de quienes eran clientes la familia de su esposa María Correa.

Cuando las tropas napoleónicas conquistaron la casi totalidad de la península, cuando desde la Junta Central de Defensa española se aceptaron las tesis de Gabriel Ciscar y se decidió impulsar la guerra de guerrillas, José Romeu decidió lanzarse al monte acompañado por los hombres que estaban dispuestos, como él, a dar la vida por la Patria puesta en peligro.

Muy pronto, y gracias a sus continuas victorias sobre los franceses, su guerrilla fue aumentando en importancia, hasta el extremo de que hay crónicas que la sitúan contando con más de dos mil hombres. Hombres que controlaban todos los caminos del reino de Valencia y en especial los que ponían en comunicación a las tierras de Valencia con Alicante. Lugares de montaña donde la “partida” de Romeu tenía su hábitat más permanente.

Un proceder especialmente valeroso que le permitió verse nombrado capitán de granaderos por la Junta Central, así como oficialmente jefe de los destacamentos de milicias de las comarcas de Chiva y Chestre. La Valencia castellana que controlaba los accesos de la Meseta a las huertas del litoral.

El mariscal Suchet, nombrado por el monarca José I duque de la Albufera, le consideró, una vez tomada la capital del reino, como su peor enemigo, destinando a lo más selecto de sus fuerzas de ocupación a su captura. Una dedicación infructuosa porque Romeu tenía la enorme habilidad de conocer los movimientos de las tropas francesas y esquivar a los destacamentos que iban en su búsqueda.

Y tuvo que ser una vez más la traición la que decidiera el fin del héroe valenciano y de su “partida”. Una traición llevada a cabo por alguno

de sus hombres de confianza. Traidor que, atraído por la recompensa que se ofrecía, indicó al mariscal Suchet donde estaba Romeu.

Fue en el pueblo de Sot de Chera, donde se había retirado a descansar con algunos de sus hombres, donde fue cercado por una fuerza francesa que no le ofreció posibilidad alguna de huir, ni de enfrentarse a ella, dada la poca cantidad de miembros de la partida que en el momento le acompañaban.

Prisionero del duque de la Albufera, este le ofreció, en varias ocasiones, la posibilidad de salvar su vida y la de los suyos. Simplemente tendría que firmar un manifiesto en el que reconocía la legitimidad del rey José como monarca de España. Firma que el legendario líder saguntino no estuvo dispuesto a estampar en el documento que se le presentaba.

Fue ahorcado ante todo el pueblo valenciano que quiso verlo en la plaza del Mercado el día 12 de junio del año 1812.



Otro nombre, en el hacer de los valencianos contra los ejércitos napoleónicos, se mueve entre la realidad y la ficción. Nos referimos a Pep de l'Horta, a quien se le atribuían todas las acciones que los hombres de las tierras llanas ejecutaban, sin ser detenidos, contra los franceses.

Un hombre o un nombre que podía encontrarse en cualquier parte en cualquier momento. Un símbolo de un pueblo que trabajaba por el día y luchaba por la noche. Un símbolo inaprensible que es la imagen de la perseverancia de los valencianos en la defensa de su propia identidad.

Su obra.

La obra llevada a cabo por Vicente Doménech, como las propias de los hermanos Bertrán de Lis o del héroe Romeu, es la que todos los valencianos y todos los españoles, exceptuado el grupo de intelectuales que recibieron el nombre de “afrancesados” por defender el proyecto que presentaba para España José Bonaparte, entienden como la obra que hace referencia a las razones que impulsaron su lucha permanente contra las fuerzas del todopoderoso emperador Napoleón Bonaparte, hasta expulsarlas de España.

Razones que, desde mi personal punto de vista, podemos reducir a tres:

- La defensa de la Religión Católica.
- La defensa de la Integridad y Libertad de la Patria.
- El desprecio a la Cultura que llega de Europa.

La defensa de la Religión Católica.

Hemos hablado en el apartado dedicado a los héroes que en Valencia se significan por su enfrentamiento con los invasores franceses, del padre Rico y del padre Calvo. Miembros de la Iglesia que dirigen la revuelta popular, y el último citado, sin duda, el más fanático de los patriotas que extienden su odio a Francia hasta el deseo de eliminar a cuantos naturales del país vecino se encuentren.

Un odio que viene significado por la identificación, que en el momento se hacía, de todos los franceses por parte de los españoles, como los defensores de los ideales que la Revolución libertaria proponía, Libertad, Igualdad, Fraternidad, que el País vecino había conocido en los precedentes años.

Para la Iglesia Católica española, en coincidencia con las tesis procedentes de Roma, y este es el punto central a destacar, la Revolución Francesa, y el movimiento masónico que nació tras ella, tiene como objetivo fundamental la eliminación de los principios de la catolicidad, Fe en Dios y en el magisterio de su Iglesia como base de la realidad española, y su sustitución por una sociedad laica, antirreligiosa, en la que las libertades de pensamiento y de educación sustituirían a las normas sociales impuestas, tradicionalmente, por la Iglesia.



Una batalla que era cierta, Iglesia frente a Masonería, y que ocupará todos los años y todas las luchas sociales del siglo XIX, pero que en España, y en los comienzos del siglo citado, en el transcurrir de la Guerra de la Independencia, tiene unas características muy especiales: la indisoluble unión que se produce en el pensar de las gentes del pueblo, entre defensa de la Patria y defensa de la Iglesia.

Una unión, Iglesia-Patria, que se suelda con la defensa de una Nación agredida y con la defensa de un rey corrupto pero decidido a mantener una sociedad española regida por las mismas normas que conocieron sus antecesores. La Monarquía y la Iglesia unidas frente a la Modernidad.

Una tesis de identificación de los valores religiosos con los valores patrióticos, que llevada a cabo por unos frailes y unos clérigos dotados de una preparación elemental pero que actúan como portavoces de la nueva situación, se transforma en una llamada revolucionaria hacia las gentes incapaces de leer o de conocer poco más que aquello que les muestran los hombres que siempre han marcado la pauta de los comportamientos sociales.

El poder de la Iglesia, de los predicadores de la misma, se mostró inmenso ante los más humildes. El pueblo, sin distinciones, estuvo con los valores que defendía la Iglesia, contra aquellos que querían atacarlos, y, como consecuencia, defendió, tras la guerra que era suya, la vuelta a una tradición que los liberales franceses, apoyados por su ejército, atacaban.

Y esta defensa de los valores tradicionales que defiende la Iglesia como propios, es la que explica el extraño comportamiento del pueblo ante la entrada en España, pocos años después, de los cien mil hijos de San Luis que manda el duque de Angulema. Es un ejército extranjero que viene a defender la tradición. Una tradición que, en la España del primer tercio del siglo XIX, para todos los iletrados, se identifica con la defensa de la Iglesia, de su acción diaria, y, como consecuencia, con la defensa de la monarquía que defiende.

No de otro modo puede explicarse el reinado de Fernando VII en su conjunto. Acabó con los líderes liberales por dos veces, en el año 1814 y en el año 1823, porque el pueblo llano estuvo a su lado para apoyarle en sus acciones ciertamente crueles. Los liberales franceses que invadieron la península, y los liberales españoles que impusieron la Constitución de 1812, no eran enemigos de la Monarquía absoluta, lo eran, y por encima de cualquier otra consideración, de la Iglesia y de las tradiciones de España.

La defensa de la libertad y de la integridad de la Patria.

Se ha escrito que el gran error de Napoleón Bonaparte al plantear la invasión de España y el nombramiento de su hermano José como monarca de la misma, fue el confundir al conjunto de los españoles con la imagen que diariamente le brindaban los monarcas, Carlos IV y Fernando VII, que se arrastraban a sus pies, y la de una nobleza cobarde y corrompida incapaz de sustentar el prestigio de una Nación. En opinión del genial corso, España no era nada.



Un error del caudillo francés que trajo como consecuencia una derrota inesperada, y, lo que es más importante, la constatación de la dignidad de un pueblo que, ante el peligro común, fue capaz de unir a toda la burguesía ilustrada española con los intereses de la Iglesia y con los sentimientos de un pueblo llano que no tenía más visión que la de saber que unos extranjeros no tenían derecho a mandar sobre los españoles.

Dos figuras singulares debemos destacar en el momento para intentar demostrar nuestra tesis. Una tesis que afirma la sólida unión que en el transcurso de la Guerra de la Independencia, 1808-1814, demostraron haber alcanzado los más destacados dirigentes liberales y los representantes más esclarecidos de la Iglesia. Nos referimos a Gabriel Ciscar por parte de los liberales, y al arzobispo de Toledo por parte de las jerarquías eclesiásticas. El primero era el portavoz del sector liberal en la Junta Central de Defensa como hemos señalado en páginas precedentes, el segundo representaba a la Iglesia española y al sector conservador. Ambos fueron los regentes de España.

La razón de la solidez de esta unión hay que situarla en el concepto que cada uno de los grupos, el tradicionalista y el liberal tienen de

la integridad de la Patria y, fundamentalmente, de su derecho a mantener una libertad de acción, una identidad diferenciada de los demás estados de Europa, que sienten plenamente amenazada por la invasión francesa.

Ya hemos citado al respecto la posición de don Gaspar Melchor de Jovellanos, el intelectual más reconocido del momento, que despreció ser ministro de Gracia y Justicia con José Bonaparte, pese a que sus ideas se acercaban más a las defendidas por los liberales franceses que las propias de los conservadores españoles, pero que tuvo muy claro, desde los primeros momentos, que defender a quienes invadían la Patria, aunque con ellos llegase la modernidad y el progreso tan necesarios para España, era una traición a los sentimientos de un pueblo que defendía su identidad, y una traición a la Historia que hacía de España una de las primeras naciones del mundo.

El concepto de Nación, unida indisolublemente tras la idea de un territorio indivisible y a la necesidad de la democracia como forma de gobierno, era un hallazgo de los liberales que en 1812 lo plasmaron en la Constitución; como la idea de Patria era un concepto propio del tradicionalismo, porque hacía hincapié en una trayectoria histórica de esplendor pasado que querían recuperar a partir de recuperar las condiciones anteriores a la Revolución francesa: Dios, Iglesia, Patria y Monarquía absoluta.

Eran conceptos distintos, encontrados, pero cuando ambos estaban en peligro, la España de la Constitución, de la monarquía democrática, y la España de la Tradición, la de la monarquía absoluta que se identifica con la Catolicidad, ambos bloques, usando como base de sustentación los sentimientos colectivos, se unieron en una guerra sin cuartel contra los invasores que sorprendió al mundo, y que permitió, tras la victoria sobre Napoleón, recuperar la dignidad perdida.



Quedaban al margen del colectivo nacional, los grupos afrancesados. Una parte, aunque pequeña, de la burguesía liberal española que decidió apoyar a José Bonaparte al entender que, como gran maestro de la Masonería, era un hombre ilustrado que ponía sus conocimientos al servicio de un País que nada contaba en el concierto universal, y que sería capaz de dotarle de esos medios de educación y de cultura que conducirían, necesariamente, al progreso económico.

Denigrados por la sociedad española encontraron, tras la pérdida de la guerra de Independencia española por parte de los franceses, su único porvenir en el exilio. No podían ser considerados como patriotas, pero la Historia los define en nuestros días como ingenuos españoles de buena voluntad.

El desprecio de la Cultura.

Se ha escrito, Ortega y Gasset lo apunta, que las masas solo se mueven en la dirección que sus clases dirigentes les marcan. Una tesis ciertamente interesante que nos explica muchos de los fenómenos propios de la Historia de España

Ya en los tiempos de la hegemonía española en el mundo podía escucharse en boca de algún virrey español en tierras americanas, que era estúpido el pretender que los pobres, que los humildes, que los indígenas, supiesen leer o escribir o tuviesen cualquier conocimiento que no fuese el propio de su trabajo. Para nada les servía el saber. Lo único que debían conocer era el servicio que debían a su señor.

Como también es conocido el desprecio de los nobles españoles en el siglo de la Contrarreforma hacia los trabajos manuales. Al fin, era su opinión, los burgueses de Flandes como los de Italia y de cualquier País del mundo, no hacían sino trabajar para los españoles, que eran sus señores por derecho de conquista. Un desprecio por el trabajo y por el saber que había conducido a España en los finales del siglo XVII, a su práctica extinción como potencia y como Nación.

En el momento que estudiamos uno de los factores que determinó el odio hacia los franceses y la posterior crueldad de Fernando VII contra los liberales españoles, fue el desprecio a la cultura, el desprecio al trabajo, el desprecio al progreso, el desprecio a las libertades individuales. Los españoles tenían suficiente para divertirse con sus toros, sus bailes y sus canciones. Para vivir había que saber medrar. El hurto, el engaño, el bandidaje..., eran profesiones admiradas.

África empieza en los Pirineos, fue la respuesta.